

La mejor de las batallas

El mando tomó la decisión de reconquistar Berga. Nos fuimos concentrando en comarcas controladas por nuestras fuerzas: el Solsonès, el Bergadà y la Segarra. Nuestra columna formaba la retaguardia del cuerpo de ejército y la componían el personal médico y unos quinientos hombres. Quedamos como fuerza más distante del teatro de operaciones, acuartelados en la fortificación de Biosca. La población permanecía tranquila; rodeada por sus bosques de pinos, robles y álamos, en un paisaje realmente bello. La sierra de Torá, a más de setecientos metros de altura, era una eficaz atalaya de vigilancia para evitar sobresaltos. Estábamos instalándonos cuando llegó un grupo de vecinos para hablar con el coronel jefe:

—El pueblo entero agradece vuestra presencia —dijo un hombre de barba blanca y aspecto respetable—. Como saben, nuestra población se declara republicana, y sería para nosotros un gran honor que sus jefes y oficiales se alojaran en nuestras casas.

El coronel Ferré aceptó la invitación del anciano. Biosca había sufrido en la primera guerra carlista la destrucción de parte de sus casas y el derribo del palacio señorial de la villa. Y, efectivamente, se mantuvo siempre fiel a los liberales. Ferré, sus jefes y ayudantes se alojaron en la casona del anciano. Otros hogares acogieron a los oficiales que no estaban de guardia en la fortificación. El comandante Rodríguez y yo fuimos invitados a una vivienda a la salida del pueblo.

Era una mansión de piedra elevada sobre un desnivel; a ambos lados de la entrada principal se adivinaban los cortes sobre la roca. La casa ofrecía la vista más espectacular del pueblo, al que parecía sobrevolar. El cielo aparecía suspendido sobre la cercana

sierra y las estrellas se amontonaban alrededor indiscretas y resplandecientes. Llegamos justamente a la hora de cenar. Nuestros anfitriones se mostraron exquisitamente atentos y nos rogaron que compartiéramos su mesa. El matrimonio tenía tres hijas: dos de unos doce o catorce años, que no pararon de hacer preguntas, y una atractiva muchacha, algo mayor que yo, que apenas dijo nada durante toda la velada. Yo, quizá animado por su presencia y el generoso vino de mis anfitriones, contaba animadamente mi vida de estudiante en Barcelona. Cada vez que trataba de mirar a la muchacha, descubría sus hermosos ojos clavados en mí, vigilantes.

—¿Cuántos días estarán en Berga? —preguntó el padre.

—No lo sabemos —contestó, prudente, el comandante—, pero nosotros partiremos mañana; ya han empezado los primeros combates y nos necesitan.

Me pareció observar un gesto de desilusión en la joven. Terminada la sobremesa, fue ella quien nos acompañó a nuestros aposentos. Primero estaba el del comandante y a continuación quedaba el mío. Sus revoltosas hermanas pasaron por delante de nosotros y entraron bulliciosas en el siguiente. Mi acompañante esperó a que cerraran la puerta para despedirse:

—Que descanses.

—Que tengas felices sueños —contesté.

La habitación era agradable y acogedora. Una ventana que daba a la sierra permitía ver la majestuosidad del paisaje, pero mis fatigados huesos tenían otras prioridades; aquella enorme cama prometía una noche de merecido reposo después de las agotadoras jornadas y los descansos en cualquier jergón o en un catre cuartele-ro. Me acurruqué entre las limpias sábanas y me pregunté si habría despertado algún interés en la muchacha. La respuesta se quedó entre la almohada y los brazos, siempre sugerentes, de Morfeo.

No sabría precisar cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando un ruido sordo me despertó. Allí delante, frente a la puerta de la alcoba, estaba ella. Sus enormes ojos, iluminados apenas por la vela

que sostenía, brillaron como en un conjuro. Me dije a mí mismo que estaba soñando. ¡Un magnífico y sensual sueño de soldado agotado! Pero la imagen de la silenciosa jovencita de la cena se fue haciendo cada vez más real. Me incorporé frotándome los ojos. Hizo un gesto de protección con la mano y con un leve soplo apagó la vela. La estancia quedó iluminada sólo por la luz astral que penetraba por aquella ventana cargada de paisaje. Noté que se acercaba y que se colaba entre las sábanas, a mi lado. Su perfume se extendió, penetró por mis poros y me transportó. Ella buscó mi boca... traté de decir algo y volvió a besarme. Yo no sabía cómo reaccionar, respondía a sus caricias miméticamente, sin osar hacer nada que ella antes no propusiera. A su beso contestaba yo con otro, a su caricia respondía con otra similar, devolvía sus abrazos con la misma fuerza con que los recibía. A sus suspiros replicaba poniéndole cariñosamente un dedo sobre sus labios, asustado y excitado por la situación. Pronto descubrí que bajo su camisón no había más ropas. Sus cabellos me cubrían el rostro cuando trataba de mejorar con su beso el anterior. Besé sus labios, sus ojos y su cara con una pasión que levantó la sábana a la altura del deseo. Ella notó mi excitación y me abrazó tiernamente.

Un prolongado abrazo, sólo roto por inefables y apagados susurros, que duró toda la noche.

Serían las cinco de la mañana cuando saltó de mi cama, triunfante y dichosa. La besé tiernamente, sin fuerzas para sonreír siquiera. Fue, sin duda, la mejor de las batallas de aquella guerra. El reloj daba las seis cuando el comandante golpeó mi puerta.

—¿Has dormido bien, perezoso?

—Sí, mi comandante, como un lirón —contesté todavía soñoliento.

—¡Pues al trabajo! —sentenció.

Sólo nuestro anfitrión y un criado salieron a despedirnos.

—Espero sabrán disculpar a mi esposa y a mis hijas; todavía duermen, es muy temprano.

—Por supuesto, trasmítales nuestro agradecimiento y saludos —dijo el comandante.

—Gracias por todo —repetí yo—. Salude de mi parte a su esposa e hijas, muy particularmente a... —Trataba de averiguar burdamente el nombre de la muchacha.

—¿A mi hija mayor? —me preguntó el hombre sin soltar prenda.

—Sí, a su bella hija —respondí derrotado.

—Lo haré de su parte —contestó, tendiéndonos la mano.

Pocas horas después, todavía con el aroma del perfume de mi inesperada aventura, iniciamos el avance.

Berga extendía perezosa su verano, era septiembre. Situada en un alto valle entre el Prepirineo y la depresión central catalana, sus alrededores eran propicios para nuestra artillería; presentíamos una lucha dura y feroz. Elegimos unos bosques de pino rojo y encina. Hollamos la tranquilidad de la foresta para colocar aquellas bocas de fuego, dispuestas a vomitar su metralla. La Sierra de Queralt serviría de refugio y concentración para nuestras tropas. Allí mismo instalamos en dos grandes tiendas un improvisado hospital de campaña. En la primera guerra carlista, Berga fue la sede del gobierno del pretendiente, la llamada «Junta de Berga». La sanguinaria actuación del conde de España, jefe de la Junta, hizo famoso el nombre de «La colina de las Horcas». La crueldad de quien durante cinco años fue el capitán general de Cataluña en el reinado de Fernando VII fue notoria; tanto, que sus propios oficiales lo tiraron al río Segre con una piedra atada al cuello, en noviembre de 1839, en Coll de Nargó. Los asesinos deben morir como han vivido.

Después de la preparación artillera, la caballería y la infantería estaban prestas para avanzar. La infantería ganó —a fuerza de derroches de valor— varios metros y cavó nuevas trincheras bajo el fuego de morteros y obuses enemigos. Los reductos permitían tirar sobre los defensores carlistas desde su amparo. El bosque se estremecía por el fuego de ambos bandos. Continuamente, los

camilleros traían nuevos heridos al hospital. El dolor y las heridas se tornaban más grandes conforme la batalla avanzaba. En un tremendo caos se mezclaban republicanos y carlistas; la carne desgarrada y los destrozos de la barbarie les igualaban. La mayoría de los soldados ingresados presentaban impactos de metralla, pues todavía no se había llegado al cuerpo a cuerpo generalizado. Nuestros delantales quedaban manchados de aquella sangre joven merecedora de otros destinos más felices. Unos y otros iban dejando, sobre los grises hules y las blancas sábanas, un reguero sanguinolento de sueños. Lo más aterrador era la elevada morbilidad por infección. Curábamos y cerrábamos las heridas, pero al cabo de pocos días aparecían terribles infecciones que, inevitablemente, llevaban a la muerte o nos obligaban a la amputación de los miembros afectados. Deduje que era necesaria una mayor asepsia en las intervenciones. Ritualmente empecé a utilizar jabón para lavarme las manos y brazos antes y después de cada intervención. También procedía a un escrupuloso lavado de la herida, lo que movía a risa al comandante Rodríguez:

—Vas a dejarte la piel —me decía.

La gangrena era la macabra compañera de nuestros días y nuestras noches, sobre todo de las noches. Mis pesadillas eran terribles y repetitivas: veía a los soldados en la mesa de disección de la facultad, aquella pulcra y blanca mesa de mármol. Los veía matados por la gangrena, con el rostro pálido como la piedra caliza que los sostenía.

Aquel día, el combate había sido tremendamente duro. Nuestras fuerzas habían tomado las primeras casas de la villa. En una salida desesperada, la caballería carlista trató de romper el cerco. La infantería se retiró hasta las primeras defensas y los jinetes de la boina roja les persiguieron hasta sobrepasar nuestras trincheras. Antes de que llegaran al bosque, salió nuestra caballería de entre los árboles y cargó sobre ellos. El choque fue terrible, los sables de los centauros republicanos cortaron el aire antes de buscar el pecho enemigo. Los carlistas, sorprendidos, giraron grupas y se

retiraron en desorden, sin tiempo para poder sacar sus rifles de cañón corto de los arzones. Cuando los jinetes habían sobrepasado unos metros las trincheras, aparecieron en ellas los fusileros de nuestro batallón. Habían permanecido tumbados y ocultos y ahora apuntaban con sus fusiles Berdan a los que se retiraban hacia Berga. La brutal descarga fue casi definitiva, la mayoría de los caballeros cayeron muertos o heridos. Uno de los primeros en rodar por el suelo fue el abanderado: su caballo, negro morcillo, cayó sobre sus patas delanteras lanzando al jinete por delante, y la enseña del pretendiente —con el Sagrado Corazón de Jesús bordado sobre el espacio gualda y la leyenda «¡Viva Carlos VII!» sobre las franjas rojas— fue arrastrada por la montura hasta las calles de Berga. El resto sólo cabalgó algunos metros más. Un par de nuevas descargas buscaron las espaldas de los que se batían en retirada; muchos de los caballos continuaron, ya sin jinetes, su loca huida en dirección al pueblo. El corneta del regimiento carlista siguió lanzando al aire el toque de retirada hasta que fue alcanzado y derribado por los disparos.

El hospital se llenó de bajas enemigas. Lamentos y ayes de dolor inundaron el recinto. Me dirigí a una de las camillas donde un oficial se recostaba con las piernas heridas.

—No te preocupes muchacho, soy médico —dije en castellano.

—¡Y una mierda, estudiante en todo caso! —respondió el maltricho oficial en un inconfundible catalán.

Le miré la ensangrentada y sucia cara, el corazón me dio un vuelco.

—Josep, eres tú! —Nos abrazamos y rompimos a llorar como tontos.

—No aprietes mucho, que me duele —dijo Josep tratando de hacer una broma.

Examiné sus heridas tras cortar la casaca y el pantalón con unas tijeras. Una bala le había atravesado el muslo. En la otra pierna la metralla le había causado un considerable destrozo. Afortunadamente, el fémur partido —probablemente al caer del caballo— presentaba una sola rotura en apariencia limpia y sin astillas. Podía tratar de arreglar aquel desaguisado, pero la imagen

de tantas infecciones y el recuerdo de la carne gangrenada golpearon mi mente.

—Josep, como tú ya sabes, estás bastante mal; quiero que confíes en mí.

—Claro, Joan, si tú no me sacas de ésta no me saca nadie; a lo tuyo.

Le sonreí.

—Tendrás que echarle cojones.

—Y tú, habilidad —dijo, tumbándose en la camilla.

Limpié las lesiones con agua y jabón abundantes; seguidamente recorté a conciencia los tejidos dañados: poco a poco, con mimo, sin prestar atención a sus quejas, exageradas y lastimeras. Posteriormente dejé las heridas abiertas, cubiertas con gasas asépticas para que drenaran las heridas. Al día siguiente repetí la operación. Finalmente le vendé y entablillé las piernas.

—Sabrá usted lo que hace, ¿no? —me preguntó el comandante.

—No exactamente, señor, pero no quiero que muera.

—Aunque es su amigo, en estos momentos sólo de trata de un prisionero carlista. Nadie le pedirá cuentas si la cosa va mal —recalcó el comandante mientras se alejaba encogiéndose de hombros.

Berga fue tomada por nuestras fuerzas tras luchar casa por casa. El empedrado de las calles quedó cubierto de sangre. Sangre roja como las barretinas de nuestros voluntarios, rojas como una boina carlista; sangre de catalanes, de españoles, de hermanos con distintos uniformes. El hospital fue levantado y los prisioneros, incluido Josep, llevados al castillo de Montjuïc. Le di una nota para que la entregara al oficial médico de la fortaleza-prisión en la que le explicaba la técnica seguida y le rogaba que vigilase su recuperación.

Una vez más nos separábamos. Esta vez el que continuaba en la guerra era yo, pero no envidiaba a Josep.

—Vendré a verte en cuanto me lo permitan, pronto volveremos a estar juntos.

En aquel momento no sabía lo proféticas que iban a resultar mis palabras.

Llegamos a Barcelona en vísperas de Navidad. Los miembros de la Junta de Salvación nos recibieron a jefes y oficiales y a algunos soldados que se habían distinguido en los combates de Berga. Martínez Campos y Ramón Blanco presidían la comitiva. Pero el interés de la Junta iba más allá de premiar desvelos y heroicidades: querían asegurarse aliados en aquellos difíciles momentos. La situación del Gobierno de Madrid era caótica: al margen de las presiones de los partidarios de la Restauración monárquica, había tres frentes distintos abiertos con los carlistas y varios levantamientos regionalistas y cantonales.

Nuestra partida quedó acantonada en la Serra de Collserola. Al pie de la sierra se encontraba el municipio de Sarrià, lugar de veraneo de la burguesía barcelonesa y de retiro espiritual. Como decía mi padre: «Sarrià: vents, torrents, torres i convents».

Algunos de nosotros recibimos un permiso de quince días. Disfrutar de la Navidad en casa era el mejor regalo que podían darme. Subí aquellos benditos peldaños de dos en dos. Elena me abrió la puerta.

—¡Señorito Joan, qué alegría y qué guapo! —dijo al verme.

—Gracias, Elena —contesté, dándole un beso.

Mi madre apareció en el recibidor.

—¡Joan, Joan! —repitió antes de abrazarme fuertemente.

—¡Mamá, qué afortunado me siento de estar en casa!

Entré en mi hogar abrazado a mi madre. Todo estaba igual: los familiares cortinajes granates se abrieron para mostrar los balcones asomados a las bulliciosas Ramblas.

Cuando mi padre regresó de la fábrica, se repitieron las entrañables escenas. A petición mía, Elena preparó sus famosos huevos fritos. Durante la cena, mi padre me puso al corriente de lo que se rumoreaba en los mentideros de la ciudad y en los círculos empresariales catalanes.

—La cosa está muy mal... ¡pero que muy mal! —repetía—. Se rumorea que quieren acabar con la República, se habla de un golpe de Estado... Ya sabes, los generales más influyentes.

Sentí un terrible desasosiego. Allá en Berga, en Olot... en tantas partes, los hombres matándose por un ideal mientras los políticos y los generales decidían el futuro a su conveniencia.

A pesar de los alarmantes comentarios de mi padre y de los huevos fritos, aquella noche descansé profundamente en mi cama. Me congratulé con la sensación de que nada había ocurrido, de que aquél era uno de tantos días normales y que al día siguiente iría con Josep a clase: plaza del Pino y merienda. Soñando.

La enorme silueta del castillo de Montjuïc se recortaba imponente sobre la montaña. Cuando llegué frente al foso, me identifiqué y los centinelas me franquearon el paso. Pedí ver al médico de la fortaleza para que me comentara el estado de Josep y ejerciera de fiador para poder visitarle. Al rato apareció un oficial médico con uniforme de capitán.

—¿El doctor Gisbert?

—Bueno, todavía no soy licenciado —me justifiqué, e inicié un saludo militar que el capitán no permitió que concluyera.

—¡Déjate de hostias! —dijo en catalán—. Somos colegas.

No hizo falta que le explicara el motivo de mi presencia.

—La recuperación de tu paciente va muy bien: un éxito. Me interesó mucho tu técnica, aunque dudo que pueda ser aplicada en general.

—¿Podría verle? —le pregunté impaciente.

—Lo siento, muchacho, aquí hay mucho nerviosismo: dobles guardias, presos incomunicados, los permisos cancelados... Quizá dentro de unos días.

Le agradecí, no obstante, haberme recibido y le entregué una nota y un paquete para Josep.

—Feliz Navidad, doctor —le dije.

—Feliz Navidad, colega —respondió.

Me alejé, dejando tras de mí castillo y montaña mirando al mar.

Precisaba del consuelo de la amistad. Maite me recibió con entusiasmo.

—¡Qué bien que hayas venido, Joan! Coincides con Alberto, adelante, pasa.

El capitán Alberto García apareció uniformado en el salón, con aspecto de ir de desfile.

—¡A sus órdenes! —le dije.

—Por favor, sin cumplidos, ¿cómo estás? —preguntó.

—Bien, bien... de permiso durante las fiestas. ¿También tú estás de permiso?

—Bueno... ejem, digamos que sí —respondió misterioso.

Noté algo en el ambiente, no sabía si atribuirlo al deseo de quedarse pronto solo con su esposa o a cierta reserva que no acertaba a explicarme. Conversé con ellos una media hora, comentando el buen estado de las heridas de nuestro común amigo. Luego me despedí prudentemente.

—¡Feliz Navidad! —me dijo Maite mientras me abrazaba cariñosamente.

—Feliz Navidad —respondí con el mismo cariño.

Salí a la calle meditando la actitud de Alberto y la situación de alerta que detecté en la fortaleza de Montjuïc. Las palabras de mi padre, en la cena del día anterior, me vinieron a la memoria: «¡La cosa está muy mal!».

Decidí no preocuparme. Estaba dispuesto a disfrutar de la Navidad. Me había propuesto vivir y compartir aquellos días con mi familia y lo conseguí, incluso fui a Sitges para tranquilizar a los padres y hermanos de Josep.

Un par de días después, ya de regreso a la capital, volví a gozar de la compañía y el amor de mis progenitores. Me sentí niño de nuevo y, sobre todo, me sentí en casa. Alternaba los callejeos por las Ramblas y el Barrio Gótico con las caminatas por Puertaferri y sus afluentes; por la querida plaza del Pino. Me llené de nuevo del sol del puerto, del sabor de mi barrio, del alma de mi ciudad. Me asomé a los balcones de casa para admirar el

palacio de enfrente, ése que un antiguo virrey —Amat— mandó construir por amor a su esposa. Todo estaba igual, sólo que algunos no podrían volver a verlo, porque habían quedado para siempre en las trincheras de Berga.

El 73 moría lentamente como si no quisiera dar paso a su sucesor. Y llegó el nuevo año cargado de miedos y funestas perspectivas. Mi padre trajo la noticia:

—El general Pavía ha entrado en las Cortes y ha disuelto el Parlamento.

Me quedé helado. El mencionado general nada tenía que ver con su homólogo Manuel Pavía, aquel general herido en Alcolea mientras trataba de defender el trono de Isabel. Éste era un tipo con pinta de dictador de opereta: bajito, de piernas arqueadas y calva indecente, tenía la mirada huidiza y gélida de los enemigos de la democracia. Supe que la cosa iba en serio: los cobardes saben exactamente cuándo pueden salir de sus madrigueras. A lo largo del día, más noticias me alarmaron: «Cerdá ha dimitido como presidente de la Diputación; Martínez Campos, al frente de una columna del ejército, marcha hacia Barcelona, nadie sabe si para proteger a la República o en apoyo de los golpistas». Sin embargo, yo no tenía ninguna duda: conocía bien al general y sabía de su espíritu monárquico.

Me costó muy poco tomar una decisión. Lentamente, me puse el uniforme, y por primera vez me coloqué las condecoraciones ganadas en el Bergadà. La batalla iba a ser feroz, dos conceptos de sociedad se volvían a enfrentar. Mi padre y mi madre me despidieron preocupados, pero no trataron de detenerme: asumían que nada me impediría reintegrarme a la partida.

Yo seguiría el destino de la República...